

Una mirada aguda a la Cuba de hoy

Por RAFAEL ACOSTA DE ARRIBA

Con la publicación de su libro *La verdad no se ensaya. Cuba: el socialismo y la democracia*, Julio César Guanche continúa dándole forma a su más ambicioso proyecto, estudiar el pensamiento político cubano de 1930 a los inicios de la revolución, una tentativa de interpretar la historia de las doctrinas sociales en la isla desde la teoría y la filosofía.

En el libro se repasa ampliamente el panorama actual de la sociedad cubana, su anatomía política, el universo de las ideas en juego en el presente y otras cuestiones inherentes al análisis social, entre ellas, el complejo problema que representa una juventud cada vez más distanciada del discurso oficial y de la agreste realidad. En el libro se

pasa revista también a los asuntos correspondientes a la cultura del país y a los no menos importantes de la estructura del aparato de representación ciudadana.

El autor se sabe parte de una tradición de ideas socialistas y revolucionarias cubanas y piensa y escribe desde la misma. El libro es como un bosque de signos o un surtidor de ideas, según se prefiera. La arquitectura de conceptos y los vastos referentes cruzados en sus páginas, la pasión por encontrar y presentar sus verdades y el amplio dominio de la técnica del ensayo, nos hablan de la diversidad y riqueza de un pensamiento en constante gestación, una apreciable tentativa por descifrar problemas y procesos de extrema complejidad.

Se trata de un lenguaje que oscila continuamente entre lo concreto y lo abstracto, que busca con afán establecer vínculos entre los grandes paradigmas ideológicos y la observación puntual de aspectos precisos de la realidad nacional o de otros tópicos, una prosa que aprecia a las ideas no como frases grabadas en la piedra sino como entes vivos y en dialéctica interacción, o lo que es lo mismo, como signos intelectuales con energía propia. Una prosa que es un ejercicio combinado de claridad, elegancia y fuerza expresiva.

Los escritores, ya sean de ficción, de poesía o ensayistas, suelen marcar sus obras de manera consciente o inconscientemente con una clave oculta, la cual es necesario descifrar si de veras se pretende acceder al imaginario profundo del autor, a las esencias de su fuerza escritural. En el caso de Julio César Guanche



creo que esa clave secreta reside en el brío de su pensamiento, una manera muy propia de introducirse en los análisis en busca de su porción de originalidad ante temas ya muy manoseados. Otro rasgo de esa esencia sumergida que conforma su escritura pudiera ser el del poco o ningún temor que demuestra al escribir de delicados temas políticos (en nuestro país de manera particular, mientras el pensamiento crítico frontal no sea naturaleza), exhibiendo un sentido de riesgo y audacia que es de ponderar admirativamente.

Sus críticas a diferentes zonas del “socialismo,” ya sean del escenificado en la desaparecida URSS o del cubano, se realizan desde inequívocas posiciones marxistas, apelando a los clásicos pero no dejando de hacer notar que ante una teoría de casi 200 años de existencia se requiere de constantes actualizaciones y de ajustes con el devenir histórico, quizá en la idea cierta de que la historia, mas que memoria, es su crítica.

Encontrar un sentido oculto en el convulso panorama de un proceso como la revolución cubana, que ha tenido que reinventarse varias veces desde 1959, no es una tarea sencilla sino todo lo contrario. En particular, si tomamos en cuenta la simplicidad maniquea con que antaño se nos presentó la complejidad del entramado socio-político de la revolución. Penetrar ese nudo de relaciones ha constituido para Julio César un enorme desafío y el lector queda atrapado en la vigorosa operatoria racional del autor. En mi lectura particular siento que asumí esos retos junto con él, lo acompañé todo

el tiempo y en el menor de los casos, en muy pocos realmente, dudé o disentí. Subrayo esto, pues estoy hablando de un libro de altos valores polémicos de inicio a fin.

Al leer este libro, el lector vislumbrará algunos de los rasgos de ese proyecto generacional y el lector no puede menos que entusiasmarse con el mismo, en él se amalgaman los frutos de sólidos basamentos marxistas, los impulsos gramscianos y el febril y especulativo pensamiento de los jóvenes de su generación. Leyendo *La verdad no se ensaya*, uno confirma la conciencia de que Guanche es un autor que huye de la simplicidad de los análisis (algo muy común en algunos textos que sobre Cuba se publican frecuentemente dentro y fuera de la isla) para adentrarse en el grosor de lo mejor y más avanzado de la cultura occidental y desde ahí examinar la realidad cubana. De manera que los postulados críticos del libro aparecen por doquier para negar enunciados que en un momento fueron recibidos por la población y por la academia mas por obediencia e ignorancia que por conciencia, tales como la asunción de la ideología única como programa de gobierno o la percepción de la revolución como un absoluto, quizá en aproximación a una idea que siempre me ha parecido interesante: no es viable gobernar en nombre de la historia.

El libro enarbola un credo que se sostiene sobre coordenadas complejas, como el insoslayable deseo de justicia social, la necesidad de la utopía y del pluralismo político, la importancia de la independencia personal, el necesario antiimperialismo, la diversidad civilizatoria, el fortalecimiento legal y constitucional que proteja los intereses de los ciudadanos, la democracia auténtica, la estimulación y transparencia de los debates de ideas, la delimitación necesaria entre socialismo y estatización, en fin, sobre todo lo que apunte a robustecer el concepto de “republicanismo socialista” y que curiosamente en el prólogo el investigador Juan Valdés Paz le llama de manera similar, “interpretación del socialismo en clave republicana”.

En nuestra sociedad se están llevando a cabo en el presente algunas polémicas de sana raíz ciudadana, debates impensables hace una década atrás, que indican que afortunadamente los cambios a los que estamos obligados como nación no se darán exclusivamente en los predios de la economía. El Centro Teórico Cultural Criterios, el Centro Martin Luther King, las revistas *Temas* y *Espacio Laical*, el Centro Nacional de Educación Sexual (CENESEX), el Instituto Cubano de Investigación Cultural Juan Marinello, entre otras instituciones y entidades, mas la muy incipiente blogosfera local y los nuevos actores sociales que surgen, están provocando tales discusiones que concitan numerosas ideas sobre los cambios que deben operarse en diferentes zonas del tejido social y del Estado; en los mismos, la inteligencia y la pasión de Julio César han

tenido siempre papeles protagónicos, conducta ética que me recuerda aquella idea de José Martí, *pensar es servir*, idea que adquiere hoy una enorme relevancia.

Cierra este excelente libro, que no contaré, como hacen usualmente los críticos de cine con las películas, un ensayo cuyo objeto de análisis no puede ser más urgente: la participación ciudadana en el Estado cubano. Aquí el jurista de formación despliega todos sus recursos teóricos y la agudeza de su mirada para hundir el bisturí en una anatomía desgastada y débil. No es un secreto para nadie que el denominado Poder Popular existente en la isla no rinde culto a su nombre, es decir, ni es poder *esctrictu sensu*, ni es popular, si atendemos a las deformaciones estructurales y la pobre calidad de la participación de los ciudadanos. Guanche estima, y es de atender su propuesta, que “para un mayor desarrollo democrático, el Estado cubano necesita convertirse en un actor de importancia decisiva, mas no el único, en la construcción política. Es preciso construir poder desde *lugares* diferentes -Estado, esfera pública, grupos sociales, organizaciones de masas, agrupaciones ciudadanas...” (p. 249). Una vez más en este interesante y provocador libro para conocer mejor la realidad sociopolítica cubana, el autor se esmera no solo en describir y teorizar, sino en ofrecer pautas para la acción. Guanche, como buen ensayista, no pontifica, él piensa, ensancha los temas y nos deja la seductora tarea de completar los análisis.

El pensador-escritor no dispone más que de su palabra para hacerse escuchar en el concierto de voces de la sociedad, es su pequeña zona de poder, sin embargo, ahí radica su fuerza solitaria: habla, ejerce el criterio, exhibe su conocimiento, critica, discute, sugiere; todo está en que su voz sea atendida debidamente. Recomiendo a los interesados por los temas cubanos, sobre todo en cuanto al futuro inmediato y al no menos apremiante presente de la isla, la lectura de *La verdad no se ensaya*, porque lo considero un libro cardinal para iluminar las actuales circunstancias.



Rafael Acosta y Julio César Guanche.